La llegada

Una fuerte sensación de frio inundo todo mi cuerpo, abrí los ojos y me encontré tirado en medio del campo, entonces recordé.

Había salido a cabalgar como solía hacer otras muchas tardes, recuerdo que galopaba alegremente por una estrecha vereda cuando mi caballo perdió pie, el animal y yo rodamos por una pendiente, este en su lucha por levantarse al parecer me dio una coz en la cabeza dejándome inconsciente. Tenían que haber pasado ya varias horas porque estaba anocheciendo, intente ponerme en pie y un rayo de dolor atravesó mi cabeza haciendo imposible levantarme. Instintivamente mire mi pierna izquierda, tenía una fea y profunda herida de la que sobresalía un trozo de hueso.

«No sé dónde me encuentro y con la pierna rota tampoco iré muy lejos» -pensé.

Pero no podía quedarme allí, la luz de la tarde era cada vez más débil y se abría paso la noche fría y oscura. Me quite la camisa y con ella cubrí la fea herida envolviendo mi maltrecha pierna, después con unas ramas que desde donde me encontraba pude alcanzar y mi cinturón improvise un tosco entablillamiento. Sabedor que si me quedaba allí podría morir de frio me arme de valor y soportando un dolor que casi me hace perder de nuevo el sentido logre levantarme.

Allí estaba yo de pie a la pata coja, en medio de ninguna parte viendo como la fría noche se cerraba cada vez más. A unos cuatro o cinco metros había un gran árbol, pude distinguir bajo él algunas ramas que muy bien podrían servirme como muletas improvisadas para poder andar. No recuerdo bien el tiempo que me llevo recorrer aquellos metros, pero seguro que fue bastante, recogí un par de aquellas gruesas ramas y apoyándome sobre ellas di la vuelta al árbol, allí comenzaba una zona de hierba corta por la que me resultaba mucho más fácil poder moverme aunque esta tuviese algo de pendiente.

Llevaba unos cien metros recorridos cuando llegue arriba, la noche caía implacable oscureciéndolo todo, desde allí aun podía verse un polvoriento camino, estaba relativamente cercano, y al fondo se distinguía una luz al parecer de alguna casa. Animado por el hallazgo dirigí mis pasos hacia ella cuando por el camino pude ver otra luz más pequeña de se alejaba de mí hacia la casa, entre las sombras de la noche y la luz de aquel farol pude distinguir claramente la silueta de alguien con un sombrero de ala ancha y una capa.

—¡Hey, hey, oiga! por favor, ayúdeme estoy mal herido, -grite con todas mis fuerzas pero la sombra tras la luz continuo su camino.

«Al parecer no grite lo suficientemente alto y no me escucho, o ¿quizás no quiso hacerlo?» -pensé.

Algo desanimado por no haber podido captar la atención de aquella persona continúe con mi particular calvario caminando hacia la luz, conforme me acercaba se podía distinguir entra las sombras de la noche la silueta de una gran mansión.

Cuando llegue la luna se había adueñado del cielo invadiendo la noche con su tenue luz blanquecina. Ante mí una gran y robusta puerta de hierro atada con una gruesa cadena con candado me cerraban el paso, busque a un lado y otro de la verja algún mecanismo o campana para avisar a la casa de mi llegada, pero no pude encontrar nada. Decidí seguir el muro con la esperanza de hallar en él algún agujero por el que poder colarme. A unos cincuenta metros a la izquierda de la puerta encontré una obertura en la base del muro, parecía un desagüe por el que el agua de la lluvia caía en una pequeña zanja que descendía pendiente abajo. Con gran esfuerzo lance dentro mis improvisadas muletas y repte por ella hasta que estuve al otro lado, me levante de nuevo y fui hacia la gran casa.

Parecía deshabitada exceptuando la luz que estaba encendida en una de las ventanas del segundo piso, pero había visto entrar aquella figura en la casa. Logre acercarme a una de las ventanas más bajas y pude ver el interior.

 Parecía una sala de estar, con estanterías llenas de libros que cubrían una de las paredes, al otro lado había una chimenea en la cual aún podían verse algunas ascuas encendidas, lo que me hizo pensar que allí vivía alguien, junto a ella unos grandes sillones y el centro una gran mesa. Llamo mi atención que por debajo de la puerta de entrada a la sala podía verse luz y la sombra de alguien que se movía en la otra habitación. Sin pensarlo golpee el cristal de la ventana esperando así llamar la atención de quien fuera que estuviese en el otro cuarto, con mis golpes la luz se apagó.

«Es extraño que al oír mis golpes en el cristal hayan apagado la luz» -pensé.

La puerta se abrió y vi lo que me pareció una mujer en camisón que se perdió entre las sombras de la sala, mire y mire pero no pude verla de nuevo, de repente su rostro apareció ante mí al otro lado del cristal, dándome un susto de muerte.

—Huye, huye de aquí, vete mientras puedas o nunca saldrás de esta casa, -me decía desde dentro de la sala.

Quise contestarle, pero un fuerte golpe en la cabeza me dejo sin sentido.